

El vendedor de noticias



José Luis
Olaizola

El vendedor de noticias



José Luis Olaizola


ESPASA

© José Luis Olaizola

© Espasa Libros, S.L., sociedad unipersonal., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Ilustración de cubierta: Fernando Vicente
Diseño de cubierta: María Jesús Gutiérrez

Primera edición en este formato: julio de 2015
ISBN: 978-84-670-4535-2
Depósito legal: B. 15.382-2015
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

En el siglo XI España estaba dividida en muchos reinos, lo cual tenía más inconvenientes que ventajas. Cuando al frente de uno de esos reinos había un buen señor, que solo exigía lo justo a sus vasallos, estos vivían muy bien porque trabajaban de buen grado y prosperaban. Pero cuando les tocaba un mal señor la vida podía ser un infierno porque según las leyes de los godos, interpretadas arbitrariamente, podía disponer de sus vidas y haciendas.

Rey, propiamente dicho, solo había uno: el de Castilla y León, que se titulaba también Emperador de las Tres Religiones, porque reinaba sobre territorios en los que convivían cristianos, moros y judíos. Pero fuera de sus fronteras había más de cien reinos, condados, o señoríos, de la más varia-

da condición. En la parte de Andalucía predominaban los reinos de taifas, a cuyo frente se encontraba un rey árabe, descendiente de los que llegaron a la Península cuando la invasión del siglo VIII. Estos monarcas, por regla general, eran muy cultos, amantes de la música y de la poesía, pero también de la vida regalada.

Por la parte de Levante y el sur de Cataluña también predominaban los reinos moros tan chicos que, a veces, eran poco más que un castillo fortificado con un puñado de tierras alrededor. Más bien eran reyezuelos que dependían en casi todo de algún señor principal.

Los reyes moros de Cataluña rendían pleitesía a los condes de Barcelona, que eran los soberanos de aquella región. A partir de ahí, siguiendo por Navarra hasta llegar a Galicia, proliferaban los condados y señoríos cristianos, aunque todos reconocían la superioridad del Emperador de las Tres Religiones.

Los caballeros cristianos tenían fama de ser más austeros que los árabes, aunque también los había que se contagiaban de sus costumbres y gustaban de tener cantoras árabes que les entretuvieran con sus músicas y danzas.

Después de convivir durante cuatro siglos los árabes con los cristianos, poco se diferenciaban los unos de los otros. Los árabes se habían aficionado a las mujeres rubias del norte, a las que tomaban como esclavas, pero no era insólito que acabaran casándose con ellas. El rey Motámid, de Sevilla, famoso poeta

del siglo XI, era rubio y de ojos azules, ya que su madre había sido una dama del norte.

Por su parte los cristianos tampoco hacían ascos a las mujeres árabes y contraían matrimonio con ellas. El mismo Alfonso VI, Emperador de las Tres Religiones, tuvo su único hijo varón de la princesa Zaida, nuera del citado Motámid de Sevilla.

Tanto unos como otros se consideraban españoles y casi en lo único que se diferenciaban era en su religión.

Como queda dicho, los árabes eran más aficionados a la buena vida y para que los cristianos les dejaran tranquilos les pagaban parias, que era un tributo por el que reconocían su superioridad guerrera.

* * *

Uno de los inconvenientes de que hubiera tantos reinos en la Península era que siempre había motivos para estar en guerra, bien por un linde de fronteras, bien porque no se pagasen las parias debidas, bien por traiciones imaginarias o reales. La guerra solía ser una desgracia para los pobres campesinos que de un día para otro veían arrasadas sus cosechas, pero para otros muchos era su único medio de vida. Los caballeros iban con gusto a guerrear, ya que si salían triunfadores tenían derecho a despojar de todas sus pertenencias al vencido; podían quedarse con su caballo, con su espada, y hasta con su ropa, salvado lo que el decoro exige.

Los comerciantes, en su mayoría pertenecientes al pueblo judío, traficaban con ese botín, comprando y vendiendo armas y caballos. También acostumbraban a prestar dinero a los señores para organizar sus ejércitos, que se componían de soldados mercenarios.

A cada ejército en marcha le acompañaba una banda de auxiliares que se lucraban facilitándoles el avituallamiento. Era de admirar a mujeres capaces de andar leguas y leguas, con un cántaro de agua sobre la cabeza, para vendérsela a los soldados, vaso a vaso, cuando apretaba el calor y les entraba la sed. O niños de corta edad cargados con sacos de pan de cebada o frutos del tiempo.

Pero la categoría más ínfima de los que vivían a costa de las guerras era la de los vendedores de noticias. Iban de un bando a otro, de un reino a otro, vendiendo a los señores información que les pudiera servir frente a sus enemigos. Pero era un oficio en extremo peligroso, ya que el Fuero Viejo los consideraba como espías y permitía que fueran ahorcados, o decapitados, allá donde se les encontrara.

A pesar de ese peligro, en Cáceres había un pueblo, llamado Naciados, que se hizo famoso porque casi todos sus habitantes, familias enteras, se dedicaban a vender noticias. Algunos de ellos lograron vender noticias importantes y hasta se hicieron ricos y pudieron comprar tierras. Ese era el sueño de Sebastián, *el Negro*, un muchacho de catorce años que vivía con su abuelo, un anciano tuerto del ojo izquierdo que le daba buenos consejos.

—Sebastián —le decía—, yo he logrado llegar a viejo vendiendo noticias, porque he tenido mucha suerte. Varias veces he estado a punto de perder la vida, y al fin sólo he perdido un ojo porque quien me tomó preso en la batalla de Alcudiva era un caballero cristiano muy misericordioso que en lugar de hacerme ahorcar, como era su derecho, me mandó cegar. Pero por intercesión de Nuestra Señora del Amparo, el verdugo no era muy diestro y solo acertó con mi ojo izquierdo. ¿Quieres correr tú peor suerte aún? En este oficio para uno que se hace rico, cinco dejan la vida antes o después. ¿Qué necesidad tienes de arriesgarte? ¿No he trabajado toda mi vida para tener este huerto, con su buena casa, y su piara de cerdos, que son la envidia de todo el pueblo? Todo será tuyo cuando yo muera, a no mucho tardar. Y así podré cumplir la promesa que hice a tu madre, poco antes de morir, de retirarte de este oficio.

—Sí, abuelo —le decía Sebastián que adoraba al anciano; pero cuando se enteraba de que iba a producirse algún acontecimiento del que pudiera sacar provecho, no resistía la tentación de echarse al monte en busca de noticias que vender. Lo llevaba en la sangre.

El abuelo, que se llamaba Lorenzo, le decía a Sebastián que ya le quedaba poco de vida para retenerlo cerca de sí, pero todavía no había cumplido sesenta años y, salvada la merma del ojo, gozaba de buena salud. Él solo despachaba todo el trabajo del huerto, sin mayor esfuerzo, y a Sebastián le correspondía sacar a los cerdos, que eran cinco, a bellotear por los montes.

Entonces había pocas ciudades y la gente vivía en los campos, que resultaban muy amenos. Siempre había labradores trabajando la tierra, leñadores talando árboles, trashumantes cambiando de pastos los ganados, molineros en los ríos, herradores de bestias en sus fraguas, caballeros cazando en los bosques, adivinadoras echando la buena-ventura, ermitaños en sus ermitas, y mercaderes,

soldados, frailes y sacerdotes yendo y viniendo por los caminos, algunos a caballo, otros en mula, pero la mayoría de ellos a pie.

El sueño de Sebastián era vender una noticia tan buena, que le diera para comprarse un caballo. Entonces podría ir a vender noticias mucho más lejos, quizá a Francia, que como casi siempre estaba en guerra con España, pagaba muy bien la información sobre los movimientos de tropas del Emperador de las Tres Religiones.

Un día de la primavera del año 1072, mientras pastoreaba a los cochinos, vio venir por la calzada real a una pareja de jóvenes de desigual condición. Ella era una doncella que, por el modo de vestir, se apreciaba que pertenecía a una familia distinguida; no tendría más de quince años. Quien le acompañaba, aunque llevaba cruzado el pecho un tahalí del que pendía una espada, no tenía el aire de un caballero; más bien parecía un joven criado de no más de veinte años, que daba escolta a su señora. Pero le llamó la atención que, pese a la fatiga que reflejaban sus rostros, procuraban caminar a buen paso como quien va huyendo de algo o de alguien.

Cuando divisaron a Sebastián al borde del camino, el criado se limitó a saludarle y quiso pasar de largo, pero la doncella le retuvo por el brazo, y se dirigió al muchacho:

—¿Hay cerca de aquí alguna fuente o arroyo en el que podamos beber agua?

—El más próximo, mi señora —le contestó Sebastián—, os tomará tres o cuatro leguas de camino, pero aquí tengo yo un odre de agua bien fresca que lo pongo a vuestra disposición.

—Dios te lo pague, muchacho —le contestó la doncella al tiempo que alargaba sus manos hacia el odre que le ofrecía Sebastián.

Bebió con ansiedad y otro tanto hizo su acompañante, quien se dispuso a seguir su camino como quien no tiene tiempo que perder. Pero la doncella le retuvo de nuevo por el brazo y preguntó a Sebastián:

—¿Querías vendernos esta agua?

—El agua, mi señora, no tiene precio, pues es un regalo de Dios tanto para las bestias como para los hombres, sean moros o cristianos, y por tanto tenedla también por vuestra. Pero en lo que hace al odre, no es de Dios, sino de mi abuelo, y si me podéis dar alguna monedilla por él, os quedaré reconocido.

A la muchacha se le puso una cara de asombro divertido, pues no era corriente que un porquerizo se expresara con tanto fundamento.

—¿Dónde has aprendido a hablar así? —le preguntó curiosa.

—A veces tengo que andar en tratos con señores y de ellos lo he aprendido —le contestó Sebastián. Pero se cuidó de decirle que tales tratos eran los de vender noticias.

Por su gusto la muchacha hubiera seguido conversando, pero el joven la tomó de la mano urgiéndola a seguir andando, con una confianza impropia de

un criado, y le susurró algo al oído. La doncella asintió, reflejando temor en su rostro, y se sacó un dinar de la faltriquera que entregó a Sebastián. Este lo sopeó, apreció que aunque de baja calidad era de plata, y le dijo a la doncella:

—Os agradezco vuestra generosidad, pero como no quiero aprovecharme de unos caminantes en apuros, algo más os puedo dar por esa monedilla. ¿Queréis un pan de cebada y medio queso de cabra que traigo conmigo?

Por primera vez habló el joven criado para reprochar al pastor:

—¿Qué os hace pensar que estamos en apuros?

—Perdonadme, señor —le replicó Sebastián halagándole con un tratamiento que sabía que no le correspondía—, todo caminante por estas tierras apartadas está siempre en apuros de encontrar donde comer y beber. Solo por eso lo decía.

Sebastián se expresaba con tan fingida humildad porque ya estaba barruntando que aquella pareja andaba huyendo, y pensaba sacar algún provecho de ello. Por las trazas, la doncella era de noble condición y solo podía huir de alguien más noble que ella, y esos eran los que tenían buenos dineros para pagar información. Por eso le interesaba seguir hablando con ellos, para saber lo más posible. Volvió a pedir perdón al joven criado, y hurgándose en su zurrón, les dijo:

—También os puedo dar un poco de chorizo, que son de una marrana, madre de estos cerdos que aquí

veis, tan mansa y de buena condición, que hasta nos dio pena tener que matarla. Yo, cada vez que como de este chorizo, me entra tal angustia con el recuerdo, que tengo para mí que no me aprovecha. Casi me hacéis un favor si os lo lleváis.

A la doncella, pese a la fatiga y a las prisas que le metía su acompañante, se apreciaba que le hacía gracia el modo de hablar de Sebastián, y le contestó:

—Ya que en ese punto eres tú el que está en apuros, venga para acá ese chorizo, que puesto que nosotros no conocimos a la madre de estos marranos, seguro que nos ha de aprovechar y ayudar a hacer mejor el camino.

—Si vais para la parte de Cáceres —les aconsejó Sebastián— os conviene tomar un camino que sale de un bosquecillo que está a legua y media de aquí, pero si vais para Daimiel seguid por esta calzada que, a todo lo largo de ella, encontraréis buenas posadas para descansar.

Esto se lo decía tentando de averiguar de dónde venían, por el lugar a donde se dirigían. Pero el joven criado, en todo más receloso que la doncella, le dio las gracias por el consejo y tomando de la mano a su dueña tiró de ella y se despidió con brusquedad del indiscreto pastor. La doncella, con la mano que le quedaba libre, tomó el chorizo que le tendía Sebastián, y se despidió de él con una sonrisa de agradecimiento.

* * *

El abuelo Lorenzo solía decirle a su nieto que para ser un buen vendedor de noticias se precisaban dos condiciones muy principales: buenas piernas para llegar a tiempo, y buena cabeza para discurrir adónde había que llegar. De lo uno y de lo otro andaba sobrado Sebastián el Negro, como demostró en aquella ocasión. Se puso a discurrir y llegó a la conclusión de que aquella pareja, por las trazas de sus vestidos, todavía limpios y con poco polvo, justo llevarían una jornada de camino. ¿Y qué castillo, plaza fuerte, o poblado podía estar a una jornada de allá, viniendo del septentrión? ¿De quién, o de qué, podían venir huyendo?

Como primera providencia tomó la piara y se dirigió a un otero vecino, en el que también pastoreaba cerdos una prima suya, y los dejó a su cuidado. Luego a trote ligero tomó la calzada real y al atardecer avistó una fortaleza bien amurallada de la que apenas tenía noticia. Si estuviera allí el abuelo Lorenzo seguro que le diría con pelos y señales quién mandaba en aquel fortín, y cuál era su condición, si noble o ruin. Sebastián era demasiado joven para saber tanto, pero lo suficientemente audaz como para intentar aprenderlo cuanto antes. Por eso, sin vacilar, se dirigió a una poterna del castillo en la que vio algún movimiento de campesinos, que entraban y salían con cestos y bultos.

El centinela le dejó pasar cuando Sebastián le contó que venía a tratar sobre la venta de una piara de cerdos que tenía a media jornada de allá. De paso se fijó que el centinela llevaba un tahalí exactamente

igual que el del joven criado, y pensó que iba por el buen camino.

La siguiente señal se lo confirmó. En el centro del patio de armas se alzaba una horca y de ella pendía un cadáver. Al verlo, Sebastián sintió apenas un ligero estremecimiento porque no era el primero que veía, ya que era costumbre de la época dejar expuestos a la vista del pueblo los cuerpos de los ajusticiados para que sirvieran de escarmiento. Como pese a lo tardío de la hora seguían bullendo campesinos por el patio de armas, Sebastián pudo moverse sin llamar la atención. Pero a él sí le sorprendió que el cadáver que colgaba de la horca fuera el de una mujer de avanzada edad. Como la ejecución de mujeres era más infrecuente, Sebastián preguntó a otra mujer, que miraba fijamente a la ajusticiada:

—¿Cuál ha sido la causa del castigo? ¿Acaso era una bruja?

La interpelada no le contestó y Sebastián pudo apreciar que su rostro reflejaba un profundo dolor, y que sus ojos estaban anegados en lágrimas. En su lugar le respondió el soldado que hacía guardia al pie del patíbulo:

—Si hubiera sido una bruja, la hubieran quemado, no ahorcado. Esta mujer ha sido ajusticiada por haber consentido que raptaran a una doncella, sobrina de nuestro señor, que estaba a su cuidado —y tomando de un brazo a Sebastián, lo apartó de allí y le reprendió—: Pero eres un poco torpe, muchacho; has ido a preguntarle a la única que tiene motivos para no con-

testarte. Es hermana de la ahorcada. ¿Es que tú no eres de por aquí? ¿Qué te trae al castillo?

—Me trae el vender una piara de cerdos que tengo a media jornada de acá, y el dar una noticia a tu señor por la que ha de quedarme agradecido.

* * *

El centinela hizo pasar a Sebastián al cuerpo de guardia, en el que un alférez barbudo y altanero le espetó:

—¿Cuál es la noticia que tienes que dar al señor conde?

—Una que hace relación al castigo que ha merecido la mujer que cuelga en el patio.

—Por el color de tu piel se me hace que no eres ni moro ni cristiano —continuó el alférez—, sino mezcla de ambos. ¿De qué lugar vienes?

—De Naciados, mi señor.

—¡Ah! ¿Eres de esos que van y vienen con noticias con intención de sacar algún provecho?

—Mi provecho, señor, está en cuidar cerdos, pero cuando sé de algo que pueda servir a un noble caballero mi obligación es hacérselo saber. Y lo que ahora sé es por dónde anda una doncella que, por las señas, no puede ser otra que la sobrina del señor conde.

El alférez le miró de arriba abajo, suspicaz, y sin decir palabra abandonó el cuerpo de guardia. Un soldado viejo que estaba sentado en un banco le dijo:

—Tengo yo un nieto que será de tu edad, y no quisiera verle metido en estos pasos. Mira que si no aciertas en lo que dices puedes acabar colgado junto a la vieja. ¿Es que no tienes quién cuide de ti y te aconseje mejor sobre lo que te conviene?

Sebastián no supo qué contestar, y no se atrevió a decirle que tenía un abuelo, que también le daba buenos consejos, pero que él no acertaba a seguir cuando le entraba el comezón de echarse al monte a correr aventuras.

Volvió el alférez barbudo y con un gesto de la mano le invitó a seguirle. Caminaron por un vericuetto de lóbregos pasillos hasta llegar a la pieza principal del castillo, en la que le esperaba, de pie junto a una gran chimenea encendida, una mujer de singular hermosura que le recibió sonriente:

—¿Este es el joven que sabe por dónde anda nuestra querida sobrina?

—Sí, mi señora —contestó Sebastián favorablemente impresionado por tan amable acogida.

—¿Por dónde, hijo? —le preguntó afable la dama.

—Hace no más de ocho horas caminaba en compañía de un soldado de vuestra guardia, por la calzada real que lleva a Daimiel.

—¿Daimiel? ¿No está eso hacia el mediodía?

—Sí, mi señora —le respondió diligente Sebastián—, si se mira desde aquí, cae al mediodía.

En un instante aquel rostro de sorprendente belleza, se contrajo en un gesto de furia e increpó al alférez:

—¿Y por qué habéis mandado a la guardia que la busque por el septentrión?

El que le pareciera a Sebastián altanero oficial, pocos momentos antes, se convirtió en aterrorizado cordero, que apenas se atrevió a balbucear:

—Eso fue lo que nos dijo su dueña, después de someterla a tormento; que habían escapado hacia el septentrión buscando refugio en la corte de Toledo.

—Si no sabes sacar la verdad a una mujer, después de darle tormento, no sé qué se puede esperar de ti, Basilio —le susurró la hermosa mujer al alferez, en tono muy tenue como para que no lo oyera Sebastián; y dirigiéndose a este le requirió—: ¿Estás seguro, muchacho, de que eres capaz de dar con nuestra sobrina y su raptor?

—Si no se los ha tragado la tierra, mi señora, en dos jornadas podemos alcanzarlos. Y si vamos a caballo, en la mitad de tiempo.

Sebastián se sentía turbado por la mirada penetrante de aquellos ojos negros, que le parecía que escudriñaban en lo más hondo de sus pensamientos. Era la primera vez en su vida que se encontraba en el interior de un castillo tan imponente y ante gente tan principal. Hasta entonces se había limitado a traficar con noticias menores, tales como informar a los moros por dónde andaban tropas cristianas, o viceversa; pero aquella podía ser la oportunidad con la que venía soñando desde hacía tiempo. Por eso, aplicando lo que aprendiera de su abuelo, se dirigió a la dama en tono lastimero:

—Mi señora, con gusto os serviré en lo que me pidáis, pero eso me obligará a descuidar el ganado que tengo a mi guarda...

—Ya sé que eres de Naciados —le interrumpió la dama—, y sé bien que os gusta cobrar por estos servicios. No te preocupes que si damos con ellos, tendrás tu recompensa.

—¿Podría ser esa recompensa un caballo? —se atrevió a sugerir Sebastián con la audacia e inexperiencia de sus pocos años.

Una ráfaga de cólera enturbió aquella aguda mirada, y Sebastián, arrepentido de su imprudencia, añadió vacilante:

—No pretendo un caballo de los mejores, podría ser un potrillo sin domar, o un caballo viejo al que le quede poca vida.

Sebastián, a sus catorce años, era un muchacho espigado, de aspecto agradable y sonrisa abierta, todo lo cual le daba un aire candoroso, que le hacía ganarse el favor de las gentes. La tez la tenía oscura, como la mayoría de los naturales de Naciados, pueblo en el que llevaban siglos mezclándose moros y cristianos por estar en la frontera del al-Ándalus.

Aquella mujer, que parecía ser de humor muy versátil, después de considerar la rectificación de Sebastián, se echó a reír, y con gran asombro de éste, se le acercó y le pasó la mano por la cabeza, al tiempo que le decía:

—Sea: tendrás tu caballo.

—¿Cómo así, tan generosa, hermana?

Sebastián, fascinado por la hermosa mujer que con su presencia parecía llenar toda la estancia, no había advertido que en un sillón de alto respaldo, junto al fuego de la chimenea, se sentaba un joven caballero ricamente ataviado, en todo parecido a su hermana excepto en la mirada, que la tenía mortecina. Era el conde de Lacar, señor de aquel castillo, y de todos los caseríos que iban desde el río Almonte hasta el de Gibranzos. Era él quien había interpelado a su hermana, con acento desgano, mientras sorbía un trago de vino de una copa de plata repujada y con incrustaciones de aljófares y otras piedras preciosas.

—Querido hermano —le replicó la dama con un tono de voz muy dulce—, los que tanto arriesgan por servirnos merecen su recompensa.

—¿Y sabe este muchacho lo que arriesga? —prosiguió el conde sin apartar la mirada del fuego, como si Sebastián no existiera.

—Arriesga poco —le contestó su hermana—, porque en sus ojos leo que es demasiado listo para no saber lo que se trae entre manos. —Y a continuación, bajando la voz como ya hiciera antes, le susurró a su hermano—: Me parece a mí que este muchacho nos puede ser muy útil, no solo para este negocio, sino también para algún otro en los que conviene saber lo que tramam quienes se oponen a nuestros intereses.